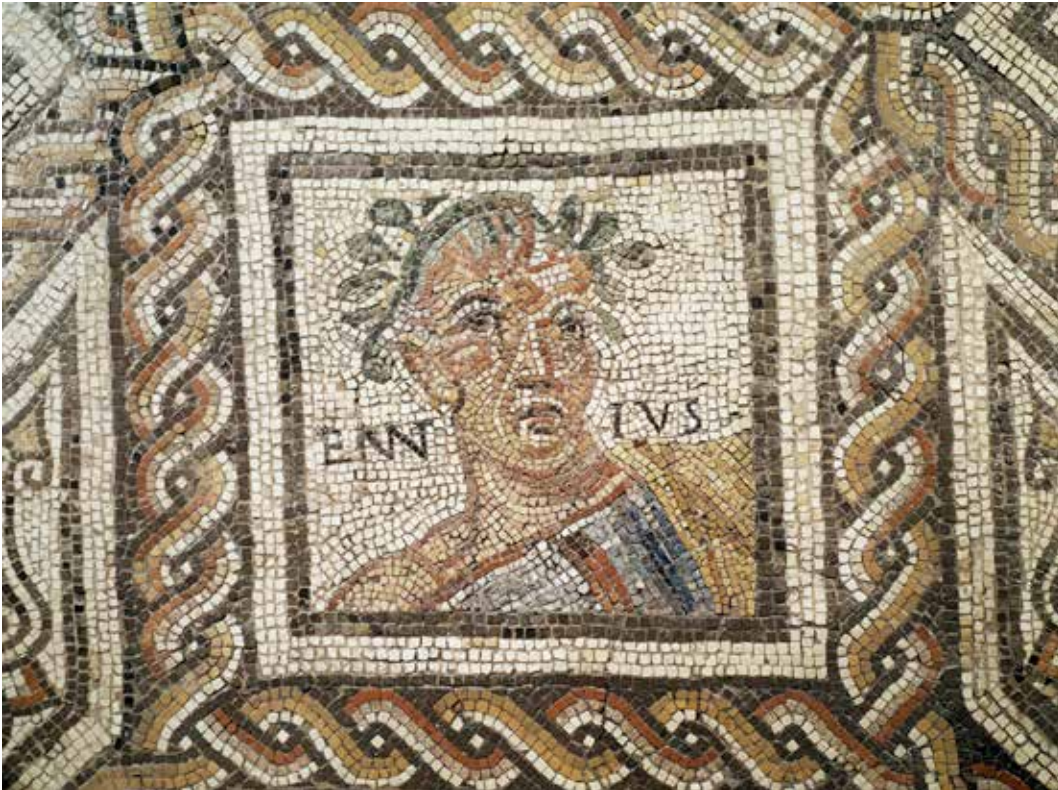


## Roger Bartra

y la traducción\*

Jaime Labastida



Retrato del poeta latino Quinto Ennio, mosaico de Monnos, siglo II, Rhineland Museum. Fotografía: DeAgostini/Getty Images

PERMÍTANME INICIAR ESTAS PALABRAS, queridos amigos, por una anécdota personal: conozco a Roger Bartra desde que él era adolescente. Fui amigo de sus padres, el poeta Agustí Bartra y la escritora Anna Muriá. Añado que tengo una deuda poética, que nunca podré saldar, con Agustí Bartra: prodigaba su tiempo con el poeta en ciernes que yo era, apenas un joven de dieciocho años de edad. A Roger y a mí nos separan tres años, pero por entonces yo lo veía como si fuera niño. No me asombra que aquel adolescente sea ahora un investigador de gran mérito, un ensayista maduro, razones por las que ingresa en nuestra institución. Estoy seguro de que en ella rendirá su mejor esfuerzo y le brindará las pruebas de su talento.

Añado, con brevedad, otro rasgo más. Roger Bartra es, desde su más tierna infancia, hablante de dos lenguas. Escribe en español y se podría decir que ésta es su lengua materna. Sin embargo, no es posi-

\* Respuesta al Discurso de Ingreso de don Roger Bartra a la Academia Mexicana de la Lengua.

ble olvidar que en su casa se hablaba en catalán y que sus padres se comunicaban, entre ellos y con sus hijos, en esa lengua. Tiene, por lo tanto, el privilegio de ser bilingüe. Acaso en la intimidad se expresa en la lengua que heredó de sus padres. Pero su lengua científica es el español.

No intentaré hacer una biografía intelectual por la que reconstruya los hitos que ha seguido el desarrollo de Roger Bartra. Me limitaré a trazar algunos rasgos, a mi juicio esenciales. Antropólogo de formación, Bartra pronto encontró caminos más amplios para sus inquietudes de investigador: se doctoró en sociología en la Sorbona. Sus intereses son vastos y complejos. Uno de sus libros iniciales sometió a la discusión la posible vigencia del *modo de producción asiático* en las sociedades mesoamericanas (hizo una antología de ensayos sobre ese tema que arrancaba por los textos clásicos de Marx y Engels). Continuó luego en esos empeños y publicó un breve libro con ensayos a propósito del mismo asunto. Pronto desplazó su interés hacia las formas de la práctica política. Publicó un libro sobre la estructura agraria y las clases sociales en el México actual y examinó el ejercicio del poder político.

No omito decir que sus críticas al llamado socialismo real y a lo que se llama izquierda mexicana le ocasionaron no pocos descontentos. Creo que su honestidad intelectual lo obligó a ser leal con su propia conciencia, antes que con la ortodoxia de una doctrina. Dejó de creer, si alguna vez lo hizo, de modo fideísta o dogmático, en las propuestas de un partido, para someter a una duda rigurosa el conjunto de sus tesis. *Se hizo amigo de la verdad, no de Platón*. La ruptura con nuestro pasado ideológico es, a un tiempo, una fractura con nosotros mismos. Se pierden amigos, acaso convicciones, pero se obtiene, a cambio de ello, congruencia y sensatez.

Su campo reflexivo, por consecuencia, se amplió. Discutió las ideas forjadas alrededor de la supuesta identidad del mexicano, en un libro que pronto fue objeto de discusión académica. Sin embargo, a mi juicio, sus afanes encontraron una vía más sólida aún en un ensayo ejemplar, *El salvaje en el espejo*. El libro supone

una investigación de largos años. Hay en él, gracias a una iconografía pertinente y por supuesto amplia, la expresión de preocupaciones que tienen estrecha relación con la teoría y la práctica de los mayores antropólogos contemporáneos, los decisivos: un Marcel Mauss, un Claude Lévi-Strauss, un Mircea Eliade, un Georges Dumézil.

Pero entremos ahora en aquello que nos propone en su *Discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua*. Sin duda, advirtieron ustedes la paradoja en la que desea sumergirnos. Bartra desarrolla el antiguo adagio italiano que sostiene la equivalencia entre *traductor* y *traidor*. Si traducir es traicionar, la comunicación debe apoyarse, por necesidad, en su contrario, en una suerte de incomunicación. Jamás podremos lograr una traducción completa. La tesis me recuerda, de súbito, la propuesta de Martin Heidegger que indica la necesidad de escuchar el silencio. De acuerdo con el filósofo de la Selva Negra, toda palabra en verdad profunda debe estar apoyada en el silencio. ¿En qué medida son ciertas estas proposiciones?

El asunto es demasiado complejo y está lleno de aristas. Un concepto pone el acento en apenas un rasgo de lo que intenta designar. La vieja ilusión de lograr una lengua matemática, totalmente nítida y precisa, ¿es posible? En la tradición grecolatina, se le dice *Luna* al satélite nocturno. En griego, *σελήνη* y en latín, *Luna*, aluden a *luz*: la Luna es la luminosa; éste es el rasgo que se pone en relieve. Se trata de un sustantivo femenino. Antes, su nombre era masculino y estaba asociado a las cuatro fases de su movimiento. *Luna* y *Mens* designaban al satélite nocturno, pero una palabra ponía el acento en su luz, en tanto que la otra mentaba el cambio de sus fases. De la voz *Mens* se deriva nuestra palabra *mes*. Recordaré que los pueblos nómadas y pastores miden el tiempo por lunaciones y que los sedentarios lo hacen a través del movimiento aparente del Sol por equinoccios y solsticios.

Lo que deseo subrayar es que todo sustantivo pone en relieve sólo alguno de los aspectos del objeto que designa, mientras hace abstracción de los restantes. Es

un modo de evocación o, para decirlo como lo dice Bartra, es una traducción (de lo que es real a la palabra) que traiciona. No sólo toda traducción es, y no puede ser de otro modo, una traición. También es una traición que le demos una palabra a los hechos de la realidad: traducimos los hechos reales a sonidos articulados: le damos una voz a lo que carece de palabras. Pero toda traición verbal es una creación.

Permítanme aducir algunos ejemplos de lo que he dicho. La palabra latina *sapientia* traduce la voz helena σοφία. Sin embargo, σοφία: guarda relación directa con la capacidad manual, de suerte que un buen constructor de naves es un σοφός, no solamente Sócrates. La palabra *sapientia* es un neologismo que se debe a Ennio, que la construyó a partir del verbo *sapio*, -is: *saborear, gustar, degustar*. En latín y en las lenguas romances, el verbo y el sustantivo *saber* están asociados a la lengua como órgano anatómico de la fonación y como instrumento que saborea la comida. En latín se saborean las palabras. Aún más, en tanto que *pensar* tiene la misma raíz de *pender*, en español sopesamos las palabras. La palabra posee peso, es grave. Así, en tanto que en griego la sabiduría se vincula a la mano y a los oficios manuales, en latín, como dije, a la lengua. La diferencia es grande y la traducción de Ennio es, por ello, una verdadera audacia, el fruto de una pura creatividad.

Veamos lo que sucede con la palabra griega ζῷον, de prosapia filosófica y política. Aristóteles sostiene que el hombre es un ζῷον πολιτικόν, sintagma que en español suele traducirse como *animal político*. ¿Qué dice Aristóteles que, empero, en la traducción española se empaña? ¿Acaso que el hombre es un animal que, por definición (o por naturaleza), se dedica al oficio que hoy se denomina la política, lo que alude a los asuntos públicos? Examinemos, con brevedad, el concepto ζῷον: está formado por dos raíces; de un lado, el verbo ζῶω, que significa *vivir*; de otro, el concepto filosófico extremo: ὄν, *ente, ser*. Ζῷον quiere decir, llanamente, *ser vivo*. Los latinos trastocaron el concepto y lo tradujeron por *animal* y, así, los libros de la *Física* aristotélica que se dedican al examen de vegetales, animales y humanos, los seres vivos, se llamaron *De anima, Del alma*. Si Aristóteles los hubiera querido llamar así, los habría

denominado Περι ψυχῆς. Ciertamente, igual la voz ψυχῆ que la palabra *anima* tienen relación con el *hálito*, el *aire*, la *respiración*, el *aliento vital*. El vegetal es también ζῷον. Aristóteles dice que el hombre es el ser vivo que habita, por naturaleza, en la Πόλις; sabe que la Πόλις es un producto social. Sin embargo, para él, *naturaleza*, φύσει, no significa lo mismo que para nosotros, ya que *lo último en el orden de la generación es primero en el orden de la naturaleza: se acerca a su causa final*. A diferencia de nuestra manera de pensar, Aristóteles no opone sociedad y naturaleza; opone φύσει a νόμος.

He aquí, pues, que a Bartra le asiste la razón. Hay terrenos sombríos que el lenguaje es incapaz de traducir. No sólo de una lengua a otra existen traiciones. Del campo de lo *real* al espacio de la palabra, abundan las *líneas de sombra*, imposibles de colmar. El error hace que resplandezca la verdad. Acaso el mayor de los errores de traducción suceda en el nivel orgánico. Establece Jacques Monod, Premio Nobel de biología: “la física nos enseña que, salvo en el cero absoluto, límite inaccesible, ninguna entidad microscópica deja de sufrir perturbaciones de orden cuántico cuya acumulación, en el seno de un sistema macroscópico, alterará la estructura de modo gradual pero inexorable”. Y añade: “los seres vivos, pese a la perfección... de su maquinaria, que asegura la fidelidad de la traducción, no escapan a esta ley”. Por eso, “La muerte de los organismos pluricelulares se explica... por la acumulación de errores accidentales de traducción que... degradan poco a poco... la estructura de los organismos”. A la vida le es necesaria la muerte. Los errores de traducción se presentan, pues, en el nivel básico de toda organización material. Lo que sucede en el habla es consecuencia, quizás, de lo que acontece en física, química y biología. Acaso no pueda servirnos de consuelo, pero conviene asumir nuestra condición de seres frágiles y percederos, para gozar, de modo pleno, los escasos instantes de delicias (y terrores) que significa estar vivos.

Bienvenido, querido Roger Bartra, a tu nueva casa académica. Tus iguales te recibimos con los brazos abiertos. 🏠

13 de febrero de 2014